

A PROPOSITO DE LA CRISIS DE LA ECONOMIA

José Luis González García

MARIO BUNGE, Economía y Filosofía, Madrid: Tecnos, 1982, pp. 125.

La crisis económica se ha convertido en la preocupación fundamental de los gobernantes y del ciudadano corriente, el cual no sólo soporta estupefacto la exigencia de austeridad, después de haber sido educado en el consumo, sino que, en muchos casos, vive sometido a la angustia que supone el riesgo de perder su puesto de trabajo, fuente única de ingresos, y medio de subsistencia de su familia.

Siendo éste el problema, la existencia o no de respuestas adecuadas por parte de la Economía pone de manifiesto, de una forma aguda, el status científico de nuestra disciplina, cuestión que, por otra parte, cuenta con bastante tradición.

Si, como dice Maurice Dobb, la Economía debe ser definida en términos de la cuestión que se pregunta y de los diferentes tipos de respuesta que se ofrecen, resulta lógico que, al producirse una de las crisis más profundas del capitalismo moderno, la teoría económica se encuentre a su vez en crisis.

De hecho, se reconoce que la teoría económica atraviesa la más grave crisis desde los años treinta, coincidiendo con la llamada Gran Depresión. Si entonces esa crisis encontró su salida en la "revolución keynesiana", hoy no se vislumbra aún su final.

Sin embargo, y al margen de la lógica correlación entre crisis económica y crisis de confianza en la Economía, existe desde hace tiempo por parte de los economistas, por lo menos de algunos de ellos, en creciente número, conciencia del alcance y de las limitaciones de la ciencia que practican, aunque, es cierto que ha sido en las cuatro últimas décadas, después de la crisis del 29, sobre todo después de la aportación keynesiana, cuando la Economía ha dado pasos importantes hacia su configuración como Ciencia Empírica, y cuando los economistas se han acercado con mayor interés a la Filosofía de la Ciencia.

La Economía es, sin duda, la más desarrollada de las Ciencias Sociales, pero sus limitaciones siguen siendo importantes y su capacidad explicativa y predictiva de la realidad bastante insatisfactoria. Pero, como dice el Prof. Quintás Seoane, "esto, en sí mismo, no es razón suficiente para caer en un desesperanzado pesimismo... Más que como sentencia condenatoria de la utilidad de nuestros esfuerzos, la constatación de las serias dificultades presentes en los fundamentos de la Economía contemporánea, debe ser

reto y estímulo a nuestra capacidad innovadora" (1).

A estas alturas no resulta muy original plantear esas dificultades, puesto que son conocidas y reconocidas por amplios y variados sectores del pensamiento económico.

Es cierto que la Economía, como casi todas las ramas del conocimiento, tiene su escolástica, que la mayor parte de los economistas siguen siendo "formados" en los principios de la economía "neoclásica", aunque habría que circunscribir esto, sobre todo, a los economistas del llamado "primer mundo", es decir, de los países capitalistas desarrollados, pero agarrarse a los archiconocidos puntos débiles de la economía ortodoxa para sacar la conclusión rotundamente pesimista y desacreditadora de la Economía, es como poco, maniqueo.

¿Es que en 1982 resulta original, a no ser que se quiera impactar a los profanos, hablar de la no existencia de la competencia perfecta o de la "Inmaculada Concepción de la curva de indiferencia", como dice Kenneth Boulding, con objeto de calificar de irrelevante a la teoría económica?

¿No saben los economistas lo que supone que la Teoría del Consumo considere que los gustos están dados, que la Teoría de la producción se apoye en la hipótesis de la maximización del beneficio, la capacidad explicativa de la teoría de los mercados, los problemas de la teoría de la distribución de la renta basada en la productividad marginal, o los supuestos en que se basa la Teoría Pura del Comercio Internacional?

Los replanteamientos críticos de la Macroeconomía keynesiana, y más concretamente de los modelos basados en la síntesis neoclásica, ¿no suponen un esfuerzo serio por afrontar los retos teóricos que plantea la crisis económica?. El creciente interés hacia problemas típicamente "micro", como el estudio de la formación de los precios relativos y de la asignación eficiente de recursos así lo atestigua. No existen alternativas suficientemente acabadas a las políticas económicas que durante años produjeron logros importantes, aún con costes importantes, pero que existan dificultades no quiere decir que se tengan los ojos cerrados, que no se pueda avanzar. No se puede decir "La Economía Política está en crisis... apenas hay ideas nuevas en este campo" (2). Que no se conozcan no quiere decir que no las haya.

El debate, aún no cerrado, aunque ya no tenga mucho sentido, sobre el objeto de la Ciencia Económica, el llamado debate sobre el realismo de los supuestos, las dificultades para aceptar las obligaciones metodológicas que implica el carácter empírico de la Ciencia Económica, la distinción entre Economía Positiva y Normativa con el consiguiente problema de los juicios de valor, todo eso no tiene nada de original en 1982.

Desde una posición o desde otra, los economistas participan en todas estas cuestiones. Las posiciones son, por supuesto, fundamentalmente ideológicas, incluso por parte de aquellos que lo niegan, los que desde su posición ideológica niegan el carácter ideológico de la Economía, es decir, de los que tiran la piedra y esconden la mano.

Los que aceptamos que la Economía es una ciencia histórica en la que el factor ideológico juega un papel fundamental, no nos rasgamos las vestiduras ni nos obcecamos en actitudes hostiles ni descalificaciones personales ante el comportamiento de determinado economista o escuela. Tampoco creo que esa clase de "obsesiones personales" redunden en beneficio del conocimiento científico. Resulta curioso estar acusando continuamente a los economistas de aquello en lo que cae el crítico. Véase, por ejemplo, como en un "librito" como el del Prof. Bunge se dedica un capítulo al monetarismo y de qué forma claramente tendenciosa lo explica y se "despacha" con él: "el monetarismo es la política económica neoliberal según la cual todo cuanto hay que hacer para conservar la salud de la economía es controlar la oferta de dinero, o sea, la impresión de billetes de banco y el crédito bancario. Inevitablemente, el monetarismo recuerda a otras panaceas: el agua de alquitrán, la manipulación de la columna vertebral, y la sangría, especialmente esta última. Se recurre a él, como en la brujería, cuando los demás remedios parecen fallar" (3). No se puede luego decir que "la Economía Política se aproxima sospechosamente a la teología" (4).

Pero, ¿el propósito del autor es desacreditar al Prof. Friedman solamente?, ¿que se proponía el Prof. Bunge al escribir este ensayo?. Dice en el Prefacio que "se propone analizar algunas de las ideas básicas de la economía política y averiguar si corresponden a la realidad. El resultado de este análisis es que muchos de dichos supuestos son falsos y otros jamás han sido puestos a prueba... si esto es así, la Economía Política no es aún una ciencia cabal sino una semiciencia. Y si esto es verdad, es urgente hacer algo por convertirla en una ciencia. Para esto será menester..." (5). Es decir, se trata de analizar de forma crítica los pilares sobre los que se asienta la ciencia económica ortodoxa o "neoclásica", comprobar su "irrealismo", lo que explicaría su incapacidad para hacer frente a los problemas económicos actuales, calificar (5 puntos) a la Economía como ciencia, y dar una serie de consejos para que aumente su puntuación. No parece que quien tiene tanta facilidad (?) para calificar ciencias, la tenga para practicar lo que predica.

Debo confesar que tomé con gran interés la publicación anunciada por el Prof. Bunge en su intervención en el I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias celebrado en 1982 en Oviedo, cuyas actas, a su vez, leí con interés, sobre todo después de que la prensa que cubrió la información destacó las airadas reacciones, con

caída de pizarra incluida, que su intervención había provocado entre los economistas. Si las actas correspondientes a dicho Congreso, publicadas por la Biblioteca Asturiana de Filosofía, me produjeron una seria decepción, ésta aumentó tras la lectura del libro de referencia.

Decir en 1982 que la teoría económica está en crisis no es ninguna novedad: "No constituye novedad alguna afirmar, a comienzos de 1977, que el análisis económico se encuentra sumergido en una crisis profunda y duradera. No es la primera, ni será la última" (6). "Persiste en la actualidad un descontento generalizado respecto de la poca capacidad que posee gran parte de la ciencia económica contemporánea para explicar y aprehender la realidad latinoamericana" (7).

Plantear la crisis de la teoría económica en términos de si existe o no el mercado de competencia perfecta o cosas por el estilo, además de carecer de originalidad carece de nivel. Estas cuestiones aparecen en los manuales de primer curso más famosos.

Creo, sinceramente, que el libro es el resultado del "descubrimiento" de una persona que "se ha dejado llevar por su vasta curiosidad intelectual al campo de la ciencia económica", como dice en el prólogo el Prof. Prebisch. La confusión, incluso los errores de concepto que se observan, son lógicos cuando uno "se aventura en el campo de la economía" como manifiesta el prologoista.

Véanse, sin afán de ser exhaustivo, algunas de estas cuestiones:

"La economía normativa o aplicada se llama también economía política", pág. 55. A lo largo del ensayo se tiene la impresión de que no se conoce el sentido de la expresión "Economía Política" y de que la división entre Economía Positiva y Economía Normativa resulta confusa.

"El monetarismo no puede curar la inflación porque prescribe tan solo un remedio fiscal, a saber el control de la Casa de Moneda", pág. 55. La distinción entre política fiscal y política monetaria es elemental.

"La noción de valor objetivo (o valor de uso) central en la economía política desde Ricardo, no está en mejor forma. Se lo define a veces en términos de necesidades, otras en términos de escasez (por tanto, en última instancia, de demanda) y Marx lo definió como trabajo socialmente necesario. Ninguna de éstas es una definición formal y ninguna se presta a medición", pág. 28. Cualquier profesor de Historia de las Doctrinas Económicas quedaría sorprendido por la ambigüedad, incluso inexactitud, con que se describe un tema tan importante como la teoría del valor trabajo y la teoría

subjetiva del valor o teoría de la utilidad marginal.

En la página 95 se sorprende de que en revistas que no son de historia económica se publiquen artículos sobre Quesnay, Smith, Ricardo, etc., y dice: "de este modo, siete generaciones de estudiosos de la economía conviven felizmente en el panteón económico". Aparte de que el lenguaje es tendencioso, resulta increíble el comentario cuando se está hablando de una ciencia social. A esto es a lo que se refiere Maurice Dobb cuando dice, "este modo de ver las cosas es fundamentalmente erróneo" (8). (Se refiere a la tendencia a considerar a los primeros economistas rudos artesanos de la ciencia, y que sus sucesores han reparado los errores y las faltas de aquellos, cuando se trata de que los conceptos eran diferentes y que trataban de responder a una serie diferente de cuestiones de una forma diferente. Cuando históricamente aparece un problema que es similar o de similar tratamiento al que fué planteado por un economista "clásico", las respuestas de éste pueden o deben utilizarse. Piénsese en la "vuelta" a Ricardo con una crisis de oferta como la actual).

"La Economía Política aún no ha producido su Newton", pág. 95. Es curioso porque Popper sostiene justamente lo contrario: "El éxito de la economía matemática muestra que cuando menos una ciencia social ha efectuado su revolución newtoniana" (9). La frase en Popper tiene que ver con las Ciencias Sociales y con Galileo, no con Newton: "Las Ciencias Sociales no parecen haber encontrado todavía a su Galileo" (10).

Universidad de León

NOTAS

(1) Quintás Seoane, Juan "La Economía como disciplina en etapa de transición hacia su constitución como ciencia empírica". Revista Española de Economía, v. 3, nº 1. Enero-Abril 1973, pág. 28.

(2) Bunge, Mario. Economía y Filosofía, Madrid: Tecnos, 1982, pág. 106.

(3) Ibid., pág. 64.

(4) Ibid., pág. 95.

(5) Ibid., pág. 17.

(6) Segura, Julio. "Algunas consideraciones sobre la crisis del análisis económico ortodoxo", Investigaciones Económicas, nº 3, 1977, pág. 5.

(7) Teubal, Miguel. Crítica a la Ciencia Económica, Prólogo. Ed. Periferia. 1972.

(8) Dobb, Maurice. Introducción a la economía, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, "Introducción", págs. 5 y ss.

(9) Popper, Karl. La miseria del historicismo, Madrid: Alianza Editorial-Taurus Ediciones, 1973, págs. 1 a 16.

(10) Idem.